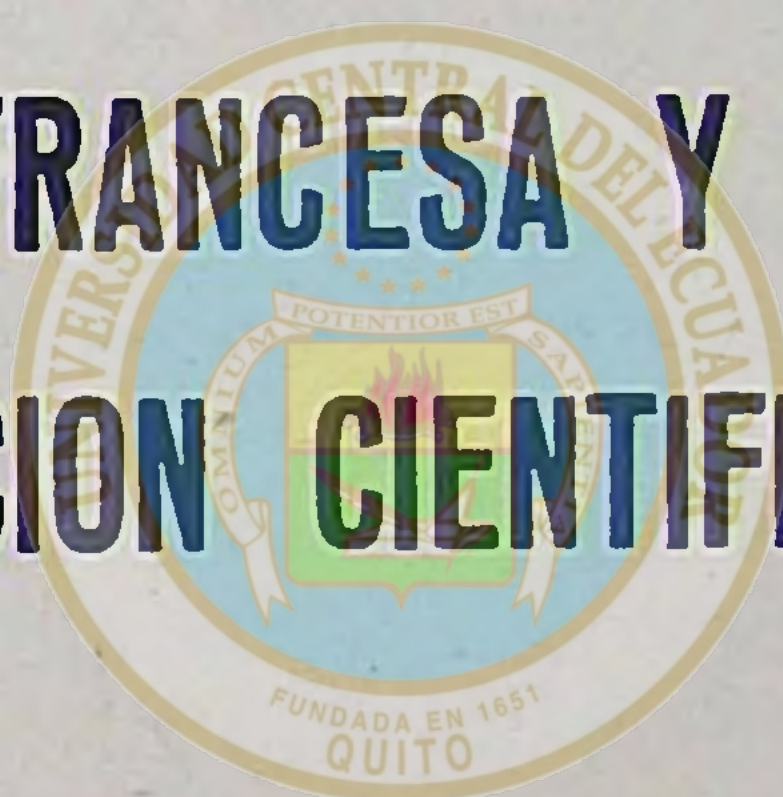


Por Sebastián Charléty_____

**Miembro del Instituto, Rector honorario de la
Academia de París** _____

**LA ENSEÑANZA SUPERIOR
FRANCESA Y LA INVESTIGA-
CION CIENTIFICA** ==



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

**Traducción de José E. Muñoz, Prof. de la Univer-
sidad de Quito**_____

La alta enseñanza francesa está dividida en dos series paralelas de Instituciones: las Universidades y las Grandes Escuelas. Es el aspecto más sobresaliente de su organización. Esta división es muy antigua en Francia. Es el resultado de circunstancias históricas. La decadencia de las Universidades, puesta en evidencia después del siglo XVI, y de la Universidad de París, en particular, se debe en primer lugar al gran movimiento de total renovación intelectual que se caracterizó con el nombre de Renacimiento. Si no hubo ruptura completa con el programa escolástico, el deseo fué en cambio de ensanchar los conocimientos del hombre, de las formas de vida, aún extrañas al Occidente, de la Naturaleza toda entera, del universo físico y de todas las manifestaciones, lo cual salió de las Escuelas nuevas que nacieron del afán de suplir todas estas insuficiencias de la enseñanza tradicional, de las viejas Facultades; esto no satisfacía a los espíritus ansiosos «de conocer el vasto mundo».

Cuando el rey Francisco I creó, en 1530, el Colegio del Rey (futuro Colegio de Francia), lo hizo para que en él se enseñaran las lenguas y las ciencias, hasta entonces extrañas a la Universidad.

Más tarde, en el siguiente siglo, el Jardín del Rey, y el Observatorio de París, después de la Escuela de Puentes y Calzadas, la Escuela de Minas, la Escuela de Ingeniería (para no citar más que las más notables) marcaron bajo el antiguo Régimen la necesidad de satisfacer las necesidades de la investigación científica y de preparar para el servicio público un personal competente. Si se recuerda que, al mismo tiempo, nacieron las agrupaciones sabias: Academia Francesa, la Academia de Inscripciones, la Academia de Ciencias, la Academia de Pintura y de Escultura, la de Arquitectura y de Cirugía, se demuestra, con certeza que la vida

intelectual había desertado de las universidades; éstas subsisten, pero al margen del espíritu público.

Cuando ellas desaparecieron, arrastradas por la caída de todas las corporaciones, el predominio de las escuelas especiales, antiguas o nuevas (Escuela Normal, Escuela Politécnica y otras tantas) no tuvo competencia. Las Universidades, reemplazadas por una corporación única de la Enseñanza que se llamó la Universidad de Francia (que fué obra de Napoleón), no resucitaron más que tímidamente bajo la forma de Escuelas de Derecho y de Medicina, de algunas Facultades de Letras y de Ciencias. Su puesto en la vida pública, por entonces es apenas mediocre, hasta el día en que, hacia el fin del Segundo Imperio, el Ministro Duruy, completamente preocupado por asegurar en Francia un trabajo científico más regular, recurrió, también al sistema de las Escuelas paralelas y creó un centro de trabajo y de investigaciones, bajo el nombre de Escuela de Altos Estudios.

Es necesario llegar a la Tercera República para ver culminar el movimiento inaugurado poco antes. Es inútil, sin duda hacer el recuento largo de este renacimiento, que fué tan rápido como magnífico, sólo diremos que la reunión de Facultades en un sólo cuerpo, la restitución del nombre de Universidad, le devolvió, después de tres cuartos de siglo, un sitio capital en la cultura francesa y en la ciencia universal. Pero las escuelas han sobresalido. Estas ilustres casas que habían dado los Gay-Lussac, Jussieu, Pasteur, Cuvier, Geoffroy Saint-Hilaire, Claude Bernard, Biot, Ampère, Berthelot, Michelet y Quinet, y otros tantos (los hemos citado al azar), hicieron parte de la vida francesa. El largo paralelismo de las dos series de instituciones se prolonga y se desarrolla, sin inconveniente. Se multiplican todavía, todos los días. En el interior mismo de las Facultades existen Institutos especiales de Electro-técnica, Comercio, Metalurgia, Petróleo, Minas, Química, Estudios indígenas, islámicos, chinos, Arqueología, Historia de las ciencias, etc.; las autoridades locales, las cámaras de Comercio, las Municipalidades, rivalizan en celo para dotar y proveer a las necesidades de la juventud, que son ilimitadas. Y en todas partes la clientela es numerosa.

Pero este largo paralelismo había planteado un serio problema. Se había dicho que en el último siglo: la ciencia, en las grandes Escuelas; la enseñanza de la Ciencia ya hecha,

en las facultades. Es por esto que el curso público se volvió y permanece aún como una Institución fundamentalmente francesa; pero esta palabra de orden no ha persistido. Esta distinción no se sostiene, ante los hechos. La verdadera división ya no es ésta.

Ante las Universidades restauradas como ante las grandes Escuelas, se plantea, con una intensidad igual la cuestión de la parte que toca a la investigación y a la ciencia aplicada, es decir a la técnica. Deben estar separadas o unidas?

Y, ante todo, ¿es posible separarlas? La investigación debe conducir al descubrimiento. Pero no se es inventor cuando se quiere. Por otra parte qué es una ciencia separada de la técnica y desdeñosa de la aplicación? ¿Y qué es una técnica separada de la ciencia?

Se puede tener sobre este concepto opiniones contradictorias, sin dejar de estar por eso, en lo cierto. La técnica, dicen unos, es una empresa extraña al conocimiento superior que le induce a comprometerse, hacia el terreno de las ganancias, es la persecución del dinero que ha sustituido al afán científico. Gran peligro. El día en que el espíritu práctico lo haya invadido todo, de la misma manera que en las Universidades de la Edad Media una escolástica había subordinado todo el espíritu de investigación y había acabado por destruirlo, el trabajo científico quedará subordinado al afán de negocios. La nueva fórmula de salud espiritual, la sabiduría del mundo nuevo, será únicamente la vida inno-blemente explotadora y lucrativa. El mundo espiritual será anulado. La investigación de una profesión, no tiene nada de común con la búsqueda de la Verdad, que es ella misma su objeto.

Esto es cierto, un parecido exceso sería mortal. Por haber sacrificado todo a la práctica se llegaría a matar esta misma práctica y a reducirla a una rutina estéril y exhausta. Pero, el saber superior, ¿no correría, asimismo, el peligro de aislarse de la vida práctica y de refugiarse en los templos serenos abiertos solamente a los iniciados? Es muy seguro que el cuidado práctico, que las consideraciones modestas que animan al práctico, o que existan en su imaginación, no hayan también estimulado las investigaciones de un orden elevado y de una excepcional fecundidad en el descubrimiento? ¿Es que el afán utilitario humano de curar, no estuvo también presente en mucho, en la empresa de un Pasteur? ¿Es que

la imaginación científica, sin la cual no hay sabios, no se ha emulado por la contemplación de realidades triviales, por la comodidad de la vida, por el sufrimiento humano?

Es muy seguro que, bajo el punto de vista del conocimiento, el técnico tiene su rol en el descubrimiento. Por haberlo desconocido, los antiguos hacían, por ejemplo de las matemáticas, un objeto de conocimiento enteramente «inmaterial e intelectual»; habían esterilizado las partes de la ciencia más fecundas. Los historiadores han señalado que, durante todo el tiempo de la Conquista romana, no tuvo lugar ningún descubrimiento práctico; el Imperio murió pues, por no haber tenido un técnico capaz.

Los filósofos han señalado que el paso de las matemáticas a la física fué olvidado. Por mucho tiempo se temió alterar la dignidad de la sabiduría y degradar su pureza. «La antigüedad ha pagado la cuota de su concepción estrecha de la libertad, de su desprecio por el trabajo considerado como servil, porque éste estaba directamente ligado a la materia. Es en nuestro tiempo, únicamente que, Huyghnes, Fresnel, han hecho de la óptica teórica, la aplicación a los telescopios y que Lavoisier ha estudiado los problemas industriales. Son las consideraciones de economía en las máquinas, las que condujeron a la ley de Carnot. Descartes mismo se indignaba que a la incuria de nuestros antepasados, se deba la invención de maravillosos prismas que abren el camino del conocimiento de la naturaleza, no hayan sido encontrados más que por «las experiencias de la suerte», es decir por la casualidad.

En verdad, técnica y ciencia, no pueden vivir separadas. Sus progresos están unidos. Es por esto que su organización será y es un poco caótica. El verdadero peligro para la una y para la otra no está allí. La ciencia aplicada, cuyos progresos son formidables, se desarrolla como una fatalidad. Ya no somos los dueños de ella. Ha llegado a no ser ya «la escala humana». Tiende a destruirse a sí misma: «nosotros los civilizados, escribía hace tiempo Paul Valery, no sabemos olvidarnos de que somos mortales». Es la historia del aprendiz de brujo. La técnica crea cada día necesidades ficticias, tiranía nueva que no conocíamos ayer. Los sabios—raros por cierto—que quieren salvar su ser espiritual, no tienen más refugio que la torre de marfil «*in angello cum libello*».

Pero es necesario que todo el mundo pueda, si lo quiere, salvar su ser espiritual. Y esta es la obra, a que deben consagrarse las Universidades. Por ellas se trata de defender primero al hombre, contra la dispersión, contra el agotamiento intelectual, hacia el que hay el riesgo de llegar, de salvar la unidad del espíritu, es decir del pensamiento y de la acción. El hombre moral no puede permanecer aplastado bajo el peso de los trofeos de las victorias que alcanzó sobre la naturaleza. Ningún laboratorio de investigación o de práctica, no nos exime de tener una doctrina general del hombre y del Universo. «Ninguna máquina, nos puede dispensar, de ser hombres», decía Edgar Quinet.

Las Universidades de Francia están dotadas para crear una conciencia común, para organizar la infinita multiplicidad de conocimientos y de investigaciones, sin sacrificar por esto la unidad. Ellas están, todavía más, para enderezar una técnica que está privada (por definición) de conciencia. Fieles al culto del pensamiento, a la investigación desinteresada y altruista, acomodados a las exigencias de la condición humana, sólo ellas pueden defender las nobles, necesarias e imperiosas exigencias de la conciencia moral. Ellas lo pueden, ya que educan una innumerable juventud. ¿Lo querrán? El aire que se respira en ellas autoriza a tener esta esperanza.

Nuestras universidades francesas no han estado nunca en condiciones más favorables, para realizar, lo que la sociedad humana espera de ellas. Sin embargo tienen en su haber un pasado ilustre y adelantan con seguridad y confianza hacia el porvenir.

Es útil recordar que la Universidad de París, fué la madre (*alma mater*) de todas las universidades de Occidente, que data del siglo XII, que sus cuatro Facultades y sus «naciones» han servido de modelo y de ejemplo; que después de todas las vicisitudes que ha sufrido en el transcurso de sus ocho siglos de historia, ella encuentra, en nuestros días una vitalidad acrecentada y una prosperidad sin igual.

Con sus 35.000 estudiantes, en cuyo número se incluyen más de 5.000 extranjeros (de ellos hubo hasta 8.000 antes de las crisis monetarias que han sido también funestas a los intercambios intelectuales, como a otros intercambios), con sus 800 profesores o maestros de conferencia o asistentes de sus facultades y los ilustres establecimientos vecinos, de los cuales hemos dicho ya su sitio en la ciencia, representa con

brillo sin igual, la totalidad de la cultura humana. Reuníd a esto las 15 universidades de provincias, que son en la mayor parte de las ciudades de Francia, los focos de investigaciones y de enseñanza y tendréis una imagen bastante exacta de la Francia intelectual en su trabajo.

Las unas y las otras manifiestan, apoyadas por los recursos y la acción de una opinión, cada día más ilustrada, el cuidado de asegurar a la población de jóvenes que en ellas educan, una existencia material y moral convenientes.

También de ella han nacido las Ciudades Universitarias. La de París agrupa actualmente, al rededor de una Casa Internacional, que comprende el restaurant, la biblioteca, el círculo, el teatro, las salas de reuniones y de juegos, 18 colegios de diferentes naciones. Así se ha reanudado la cadena del tiempo. Los piadosos fundadores de 50 colegios destinados a los «pobres estudiantes» de la vieja Universidad indudablemente no tuvieron, ninguna idea de las comodidades que disfrutamos actualmente y que nos son tan queridas. Pero de Roberto de Sorbon, padre de la Sorbona, cuyo nombre simboliza todavía la Universidad de París, de esos benefactores, no menos ilustres, que se preocuparon desde el siglo XIII, por dar un abrigo y un centro de estudios a los estudiantes de todos los rincones de Europa, hasta los modernos mecenas, hay un lazo moral que nunca puede ser olvidado.

La Ciudad se envanece, no sin razón y no sin esperanza, de crear en sus jardines y en la atmósfera pura de esta montaña sagrada, donde el hombre trabaja y piensa, desde hace tantos siglos, un medio generador de camaraderías y de amistades «donde se disiparán los prejuicios y los mal entendimientos que, muy a menudo separan a los ciudadanos de un mismo país y crean las rivalidades entre los pueblos».

Era en la Edad Media, una frase corriente, entre los «intelectuales» de aquellos tiempos agitados, decir este proverbio, trivial si se quiere, pero cierto: «Alemania tiene el Imperio, Italia el Papado; pero Francia tiene la Universidad de París». Se podría traducir este pensamiento, en lenguaje adaptado a las realidades modernas, sin disminuir el puesto que le corresponde, en la situación presente de Francia, a la Universidad de París.